

www.elboomeran.com

Patrícia Soley-Beltran

¡Divinas!

Modelos, poder y mentiras



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Ilustración: fotografía de la autora, © J. M. Ferrater

Primera edición: mayo 2015

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Patrícia Soley-Beltran, 2015

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2015

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6384-0

Depósito Legal: B. 10811-2015

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

El día 14 de abril de 2015, el jurado compuesto por Salvador Clotas, Román Gubern, Xavier Rubert de Ventós, Fernando Savater, Vicente Verdú y el editor Jorge Herralde, concedió el 43.º Premio Anagrama de Ensayo a *¡Divinas!*, de Patricia Soley-Beltran.

INTRODUCCIÓN: ENTRE CEJAS

Olatz, la nueva *top model*, había sido testigo onírico de la putrefacción de sus muslos. En un restaurante *fashion*, entre publicistas y fotógrafos, describía, conmocionada, la visión de los gusanos devorando su carne. Nunca olvidaré la imagen de aquella bellísima y delicada joven relatar inocentemente su pesadilla en el lujoso entorno, admirada por los profesionales del glamour. El sueño se recibió con estudiada indiferencia. Nadie quiso escucharla. Las diosas son eternas, morir se no es *cool* y pudrirse menos. Estaba sola con su angustia. Al final de mi carrera, yo también callé lo que sabía: van a comerte viva, querida.

Casi tres décadas más tarde, no callaré. Sobrevivir a una merienda de gusanos, salir indemne de un incendio sin llamas, reparar una sonrisa rota o posar eufórica sumergida en agua helada y en ayunas son proezas de dudoso pero imprescindible valor, cuando se trata de encarnar una belleza ideal en un mundo imperfecto. Yo quise ser modelo y deslumbrar, pero terminé deseando el último fogonazo, una salida catártica a una situación sin salida. Suspiré para que llegara el momento que mi destino profesional me tenía reservado. El mismo que para casi todas las modelos: «quemarse» y ser descartada como una muñeca inservible. ¿Dejarlo voluntariamente? Imposible. La atención y el dinero enganchan. Sería como pedirle a un niño que soltara

sus globos de colores, de esos que te hacen flotar mágicamente. El fin de mi carrera de modelo profesional llegó como un alivio, una nueva vida sobre las cenizas..., a condición de no volver la vista atrás. Nunca lo hice, hasta hoy. Hoy, décadas más tarde, sonrío (sin espasmos faciales) por haber logrado poner este libro en sus manos y contarles la historia que desde entonces quiero contarles.

Aunque de niña no jugué mucho con muñecas y nunca tuve una Barbie (en España todavía no había), no fue necesario para que asumiera el modelo de mujer que representa. Yo soñaba con ser una princesa o un hada buena, alta, rubia y de ojos azules, como las de los cuentos y las películas de Disney. En el cine y en las series americanas también veía mujeres rubias que vivían estupendamente en hogares felices y confortables. Además, la mayoría de las modelos publicitarias en la televisión de los años sesenta y setenta en España eran bienaventuradas rubias que disfrutaban de hogares limpios, ricos y armónicos. Así que el modelo Barbie definitivamente parecía prometer bienestar y amor. ¡Cómo no sucumbir a tamaño cebo! Y es que todo acompañaba: doradas y dichosas familias correteaban en libertad por praderas jugosas, todo ello gracias a esclarecedores champús de camomila; rubias deseables cabalgaban sobre caballos blancos en playas nobles e impolutas; hasta Marisol, la buena niña española por antonomasia, era rubia como un ángel al uso. Libertad, bienestar, felicidad, amor, deseo, bondad celestial. No es de sorprender que en mis cuadernos escolares me dibujara a mí misma de mayor como me proponía ser: alta y rubia.

La realidad era muy distinta. Yo era una niña rubiales, sí, pero llevaba el pelo muy corto y no tenía agujeros en las orejas. Contraviniendo las reglas de su época, mi querido padre había impedido que me hicieran este *piercing* tan clásico cuando nací por parecerle un gesto bárbaro que me marcaría innecesariamente. «¿Qué quiere este niño?», me preguntaba el tendero del colmado, al lado del colegio. Cada tarde quería comprar algo

dulce y salía amargada. Con mi pelito corto y mis orejas desnudas, protestaba: «No soy un niño, ¡soy una niña!» El problema es que yo no *parecía* una niña y eso confundía al tendero. No era el único. Estaba claro que me faltaban dos de los signos de feminidad de la época: melena y pendientes. Pero no por eso dejaba de ser una niña, ¿o sí?

Mi madre se encargaba de situarme. Dos veces al día, al levantarme y al acostarme, me hacía peinarme las cejas ante el espejo. A ella le parecía importantísimo en esta vida tener muy buen aspecto y la clave estaba en unas cejas bien puestas (mi hermano no quedaba fuera de esta cejuda ecuación estética). Así crecí yo: ordenándome las cejas. Mi madre creció tratando de ubicarse en un mundo deshecho por la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial. Ser hija de una pareja progresista no la salvaguardó de creer que un trabajo decente, el amor y una vida cómoda y confortable estaban directamente relacionados con ser guapita y llevar la ropa bien planchada. Seguramente, no le faltaba cierta dosis de razón. Ella trabajó en la industria de la belleza como demostradora de productos cosméticos, pero lo que realmente le hubiera gustado era ser modelo. Poseía el físico adecuado, pero mi abuelo, buen conocedor de los escenarios, la disuadió de intentarlo. Ella lo lamentó siempre y me lo transmitió en su criterio estético-educativo.

Este criterio incumbía tanto a nuestro aspecto físico como a la decoración del hogar familiar. Mi dormitorio era una flagrante muestra. Las piezas clave: un bello e inquietante armario con dos grandes espejos en las puertas interiores, un tocador vestido con faldones blancos almidonados y lazos rojos de terciopelo, y un precioso espejo de Murano que años más tarde se quebró en un incendio. El armario me tenía fascinada, porque sus dos grandes lunas se reflejaban entre sí produciendo dos pasillos curvos, infinitos, insondables. ¿Llegarían a tocarse? ¿Se podría entrar por uno y salir por otro? Ante mí, una única certeza: la caja de madera de un ropero repleto de amor envuelto

en estética. Primorosos vestidos hechos a medida que consiguieron ser odiados en su mayoría, porque lo que yo ansiaba era vestir tejanos y camisetas y parecerme al resto de las niñas de mi clase. Sobre el tocador, una cajita y frascos de cristal pulido, y otro espejo de mano de plata: todo muy de mírame y no me toques. Culminaba la decoración una colección de muñecas colgadas por el cuello que adornaba una de las paredes. Las pequeñas ahorcadas vestían trajes típicos de diferentes culturas y eran un recurso decorativo que mi madre copió de una película hollywoodiense. Sostenía que una se podía casar vestida con un traje típico. Yo eso nunca lo he visto claro, pero lo que sí vi claro fue que las muñecas existían principalmente para ser contempladas, adornar y complacer.

Las colgadas formaban parte de una estrategia pedagógica familiar que bien podría denominarse la «lógica del salón», y que consistía en entrenarme a aparecer como una personita bien educada en un salón imaginario. Debía adquirir modales refinados, lucir siempre correcta y atildada, ser ordenada, hablar poco y no enfadarme nunca. El salón tanto podía ser el de los restaurantes de mi familia, donde yo figuraba como una niña modélica dentro de una familia ideal, como el de una futura familia acomodada a la que seduciría con mis lindezas y docilidad. Sobre todo, no debía enfadarme. Estudios de ballet y música clásica formaban parte de este quimérico entrenamiento. Sin duda, la intención era buena: orientarme a una vida de bienestar y alejarme definitivamente de la explotación sufrida por mis antepasadas, obreras infantiles en las fábricas textiles de la Cataluña industrial. La verdad es que no me sentía del todo cómoda con la lógica del salón, pero era obediente. Me aplicaba tanto en la interpretación del papel que me había tocado que dejé de jugar al ajedrez porque se me antojó que podría parecer demasiado lista y temía que eso ahuyentara a los hombres.

Finalmente, me harté de ser una niña bombón. Me enfadé y alboroté hasta conseguir que se instalara en mi dormitorio un

sofá rojo muy coquetón para poder estudiar con los libros sobre mis rodillas. Paradójicamente, la primera medida para salir de la lógica del salón provino del salón de uno de los restaurantes: el salón rojo. Aprendí que enfadarme producía algún resultado. Seguí alborotando con constancia y tenacidad hasta lograr que se redecorara mi dormitorio y se instalara un auténtico pupitre. ¡Adiós, maldito tocador con enaguas! (que sepas que nunca te eché en falta). ¡Adiós, misterio de los pasillos de espejos infinitos que conducían a un ropero! ¡Adiós, matrimonio con un marido mandón, sumida en el soberano aburrimiento del florero, pintándome las uñas y planchándome el cabello ante el espejo! Me dispuse a ser una profesional liberal independiente y con un buen sueldo; una mujer abierta al amor sincero, de igual a igual. Pronto dejé de sufrir insomnio y me dejé crecer la melena.

A pesar de tan enérgico inicio, persistía un sabor a bombón. La situación era un tanto confusa. Sobre el pupitre, dos posibles modelos de rol: no sabía si quería ser irresistiblemente seductora como Rita Hayworth, o aguda y penetrante como un intelectual francés, de esos que aparecen en televisión y te dejan boquiabierta con su sagacidad. Esta, en apariencia, descabellada disyuntiva tenía puntos de unión: las cámaras. Supongo que vivir ante una necrópolis romana e ir a un cole progre tuvo mucho que ver con mi admiración por los intelectuales franceses. Como no me dejaban jugar en la calle ni ver la televisión porque no correspondía a la señorita *bijou* que yo tenía que ser, me pasaba horas mirando por el balcón, contemplando las antiguas tumbas excavadas en el subsuelo del firme urbano. ¡Cuántas patricias debía de haber allí enterradas! Ante un paisaje así, resulta ineludible preguntarse sobre lo que se esconde bajo la superficie, en los estratos que sostienen nuestros pies cada día.

El cole progre propició sin ambages mi curiosidad. Mediante el ejercicio del comentario crítico de la prensa franquista, las artes de vanguardia, el cine y el teatro, en el colegio me en-

señaron a leer entre líneas –entre esas líneas tan torcidas por la censura– y a cuestionar el sentido común, ese conocimiento compartido que damos por sentado. Me enseñaron también a entender los escenarios como espacios de entrega y de transformación política y social. Quizá por esta razón nunca quise ser ni modelo ni actriz ni azafata... y todo lo fui. Como mis pobres muñecas, yo también estaba un poco colgada. Me había dejado crecer la melena y le rezaba a Rita Hayworth, a quien suponía una especie de diosa, porque, según mi abuela, *havia fet tronar i ploure* (había hecho tronar y llover). A Santa Rita Hayworth le pedía lo que a mí me parecía un imposible: belleza y amor (en la ecuación cejuda van parejos, ¿recuerdan?). Así pues, fue una significativa casualidad que a mi primera agencia me llevara un amigo modelo profesional llamado Valentín, como el santo de los enamorados. Ni que decir tiene que mi plan era ser una mujer del estilo de las que aparecían en las revistas: superfemenina, sexy y muy segura de sí misma. Lo intenté con considerable empeño, pero no lo conseguí. Ha sido uno de mis fracasos más interesantes.

Los resultados de mi primera sesión fotográfica me dejaron perpleja: en algunas fotos aparecía como una chiquilla llena de energía, en otras me vi como una travesti: tras una máscara de maquillaje, una feminidad sobreactuada. Ni rastro de la *superfemme* que yo esperaba iba a surgir mágicamente. De hecho, llevaba años «haciéndome» (y siendo hecha) como mujer. Todo empezó con el encuadre entre cejas, los vestidos hechos a medida y los silencios, pero fui progresando, imparable, en mi entrenamiento: aprendí a peinarme, a hacerme la manicura y la pedicura, a depilarme, a maquillarme, a combinar ropa y complementos, a posar imitando ante el espejo las posturas de las modelos de las revistas francesas de mi madre, y a andar sobre tacones sin doblar las rodillas ni caerme. A esto se le llama trabajo corporal. El adiestramiento culminaba con un enhiesto paseo matutino camino del instituto, frente alta y mirada desa-

fianje, como si fuera la cosa más natural del mundo pisar fuerte sobre adoquines subida a unos botines de doce centímetros destinados a parquets pulidos.

Estábamos en la segunda mitad de los setenta y, tras la muerte de Franco, España parecía una olla a presión a punto de explotar. La universidad bullía y en la Facultad de Geografía e Historia, donde yo estudiaba, se suponía que éramos «rojos». Escondida en los lavabos de la facultad, aterrorizada por el violento ataque de miembros de la ultraderechista Fuerza Nueva que destrozaron con cadenas a todas las personas y los objetos que encontraron a su paso, decidí dejar mis estudios. Y es que no estábamos en Francia, como mis admirados intelectuales televisivos y las chicas *à la mode*, sino en un país en transición política con erupciones de violencia que yo no me sentía en condiciones de soportar. Ya había sufrido suficiente creciendo en el centro de Barcelona, donde cada fin de semana éramos testigos impotentes de la brutalidad policial empleada en reprimir las manifestaciones antifranquistas. No, yo necesitaba aire para intentar vivir libre y feliz. Ya tenía bastantes problemas tratando de ser una mujer independiente.

Lo cierto es que, desde que mis abuelas me enseñaron entre risas a lavar a mano mis propias bragas en el lavadero veraniego, yo me creía capacitada para gestionar mi vida. Mi actitud era positiva, pero mis objetivos un tanto confusos. Exceptuando lo *underground*, nada me interesaba realmente, y lo único que me parecía verdaderamente seductor eran las utopías perdidas de los sesenta y las fotos de las buenas revistas de moda —todas extranjeras—. Por aquel entonces, no había muchas tiendas, ni cosas que comprar, ni dinero para gastarse. España parecía despertar de un limbo entre las austeras economías socialistas y las sociedades capitalistas acomodadas. Muy pronto un optimismo fiestero y consumista se apoderó del ambiente. Diseñadores de todo tipo fueron ganando terreno, la moda se fue diversificando, haciéndose más asequible y significativa; surgió un incipiente culto al cuerpo

y más trabajo para las modelos. Queríamos dejar atrás la mediocridad represiva, prosperar y disfrutar. Entraban los ochenta.

Por mi parte, decidí que lo más importante era agujerearme las orejas y colgarme pendientes. Creí erróneamente que este rito de paso feminizador me ayudaría a conquistar la identidad de mujer que yo ansiaba. A pesar de mis esfuerzos perforadores, los magníficos zarcillos de fallera de mi bisabuela Dolorettes que algún día heredaré, y la desilusión de mi padre, no logré ni el deseado look *femme* ni tener éxito como modelo. Me salían trabajos pero no los suficientes como para que valiera la pena. Decidí dejarlo correr, hacer un viaje, cargarme de fuerzas y volver a la universidad. Para poner el broche final y definitivo al intento de ser modelo como opción profesional, acepté dejarme cortar el pelo a lo chico por un afamado peluquero que llevaba tiempo proponiéndomelo. Durante meses me había resistido a cortármelo por no dejar obsoletas todas las fotos de mi *book* —el álbum de fotos profesionales en el que había invertido una considerable cantidad de dinero—, dado que me mostraban con el pelo largo. Además, yo no quería llevar el cabello corto porque no cuadraba con mi imagen estereotípica de la modelo femenina y sexy que yo quería ser. Lo corté para cerrar simbólicamente una etapa.

Cuál no fue mi sorpresa cuando, maquilladísima y vestida con un *smoking* blanco de corte impecable, me vi en pleno Paseo de Gracia barcelonés con un reputado fotógrafo gritándome que mirara a cámara con más y más fuerza, como si estuviera ojeando a un hombre al que quisiera conseguir. No me podía creer lo que me estaba pidiendo, pero era cierto. Me ordenaba una actitud abiertamente sexual, fuerte, casi predatoria. Nos rodeaban decenas de curiosos que se encargaban de corear las consignas del fotógrafo, al que yo casi no podía oír en medio del bullicio urbano. De modo que la consigna era manifiesta, transparente y públicamente inteligible. Mi primera y horripilada reacción fue huir con el *smoking* puesto, pero no quería